

Museo Dia: Beacon

Texto y fotografías Elkin Restrepo

Que las cosas viejas sirven para hacer las nuevas, lo demuestra el *Dia: Beacon*, un museo que en poco responde a la idea que se tiene de estos lugares, empezando porque se encuentra ubicado a las afueras de Nueva York, en una antigua fábrica de Brisco, estilo Déco, restaurada para el efecto por el arquitecto Robert Irwin y la Open office, en 2003, con un área de 89.000 m². Hay que viajar allí en tren, bordeando el río Hudson, teniendo enfrente los acantilados y bosques de New Jersey, donde el otoño revienta en hermosos colores naranja y amarillo.

El viaje dura alrededor de hora y media, y es una delicia, algo que los creadores del *Beacon* tuvieron bien en cuenta cuando empezaron a desarrollar su proyecto: sacar el museo de la gran



urbe, donde los espacios faltan y el tiempo se complica, y llevarlo lejos, fuera de sus límites, para que el espectador viva momentos de una inolvidable experiencia.

El *Beacon* está ubicado en una pequeña hondonada frente al río, rodeado además de colinas frondosas y un jardín luminoso, de soles suaves, donde los visitantes pueden sentarse a disfrutar de una botella de vino, una cerveza, y la buena compañía, antes o después de visitarlo. Contrario a lo que sucede en otros museos, el *Metropolitano* o el *Moma*, por ejemplo, aquí no existen las muchedumbres noveleras que poco dejan ver ni el cansancio frustrado de quien no pudo verlo todo. En dos horas se hace el recorrido por sus amplias y luminosas salas, sin tropiezos ni afanes, y con la sensación creciente de que, más



allá del goce de la naturaleza, también aquí se ofrece una experiencia del arte que pone en cuestión, sin duda alguna, otra vivencia que se tenga.

Y quizás sea este aspecto el más importante, por lo menos el que más interesa a los propósitos del proyecto *Beacon*. Dejar atrás la idea tradicional del museo como bodega y vitrina, reemplazándola por la de un espacio privilegiado, sin límites, para que el artista haga uso a su amaño de él, y el espectador, dentro de ese nuevo concepto, interactúe, haciendo también propio tal suceso.

Por cierto que su interés es el arte conceptual y derivados (el *Minimal*, el *Land Art*, el *Povera*), que tiene su evangelista mayor en Marcel Duchamp y, más acá, en Joseph Beuys, del cual se exhiben algunas de sus instalaciones con sus materiales proverbiales, el cuero y la grasa, y de cuyos modernos discípulos se puede pensar todo, incluso que están en el camino de la definición del arte de este nuevo siglo. O, mejor, de un concepto del arte, que ya es otra cosa, y para el cual, para confirmarlo, ya existen lugares como éste.

Obras como las de Sol Lewitt, Robert Smithson, Richard Serra, Heizer, Burgeois, Richter y Nauman, entre otros (de su catálogo básico), no parecen desmentirlo. Hacen parecer de la época de las cavernas la pintura seriada de Andy Warhol, que está colgada a lo largo de las cuatro paredes de la primera sala, poco conocidas la verdad, pero que nada tienen que ver, pese a su belleza, con el trabajo de estos nuevos bárbaros que se sirven de las posibilidades y procesos intelectuales, como el pintor tradicional de sus pinceles.



Shadows, Andy Warhol

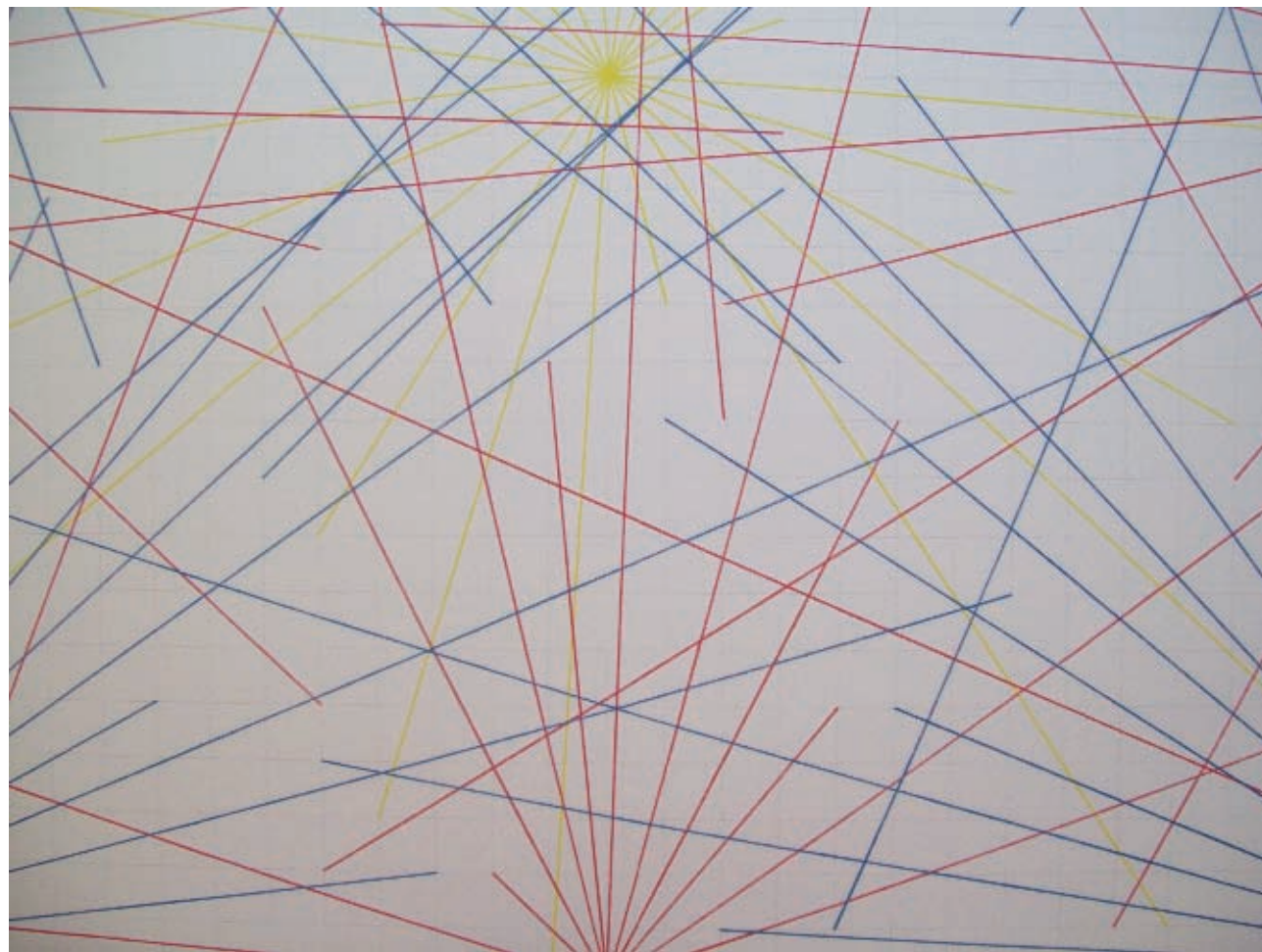
El visitante, habituado a otro idioma, se la pasa entre el escepticismo, la decepción y la perplejidad. Lo nuevo, que poco o nada tiene que decir; o lo que dice, parte del intento de establecer una relación inesperada con lo que tiene en frente. Hablo del espectador común, aquél que al observar un Van Gogh o un Picasso, se siente como en familia, sin mayores esfuerzos que hacer para su entendimiento.

Sol Lewitt, por ejemplo, llama dibujos a intrincados proyectos desarrollados sobre amplísimas paredes, donde la geometría, el cálculo, la interrelación de las líneas a lápiz, que atraviesan la superficie en números infinitesimales, difíciles de calcular, lo son todo. Perfectos mapas galácticos, que asombran pero también alteran como si se tratara de la labor de un loco, pero que vueltos a mirar, en actitud atenta, permiten descubrir hasta donde la mente, guiada por una rara sensibilidad, es capaz de conquistar fronteras que, antes que una representación de la realidad, son el instante de un instante que aún no tiene nombre. Aquí el placer es el de la inteligencia y es también el anuncio de nociones que extrapolan y modifican nuestra domesticidad.

Por su parte, de Richard Serra, copando el espacio completo de una de las salas bajas, hay tres enormes construcciones de metal, que recuerdan cada una de ellas la proa partida de un barco, en cuyo interior se abre un pasadizo irregular en forma de caracol, una elipse que reduce y amplía en un ritmo silencioso el espacio y la libertad del visitante que allí se interna. Sensación de extravío, manejo de la relación con las curvaturas, los recodos, la altura que

arriba o en su base se estrecha o amplía, pérdida de toda perspectiva que no sea esta interioridad blindada, juego, risa, inanidad, son los múltiples reacciones que se tienen, pero que terminan siendo una experiencia perturbadora y a la vez serena, como la que produce el ingreso a un refugio varado en el tiempo, creado seguramente por un capricho titánico.

Los espejos, a modo de ojos de agua, o insertados perpendicularmente en montículos de arena cernida y atiborrados de cuarzos, también pequeños e irregulares espejos translúcidos, son de



Wall Drawing #273: Lines to points on a grid, Sol Lewitt

Robert Smithson. Un paisaje inventado gracias al vínculo del elemento natural y el efecto de un artefacto que refleja o se vacía de presencias pasajeras. Puestas al nivel del piso y, contrariamente a los proyectos de astillero de Serra, su altura y dimensiones permiten que cualquiera se acerque a mirar, de suerte que su imagen quede atrapada y haga parte, así sea por un instante, de esa metáfora paisajista propia de una ensoñación lunar, o al menos de otros lados.

El trabajo de Michael Heizer consiste en circunferencias, rectángulos y figuras geométricas construidas y vaciadas en acero en el interior del piso. De un tamaño poco común, juegan con el revés de las cosas, son literalmente huecos forrados en metal, perfectos como formas, que invierten la mirada común con la que los objetos son contemplados y nos tientan.

Pero no todo allí es aventura, conquista. Rápidamente puede cambiarse de sala frente al trabajo de Walter de Maria, Chamberlein, Agnes Martin, Bruce Nauman y otros, que dejan la impresión de algo ya visto, de maneras vanguardistas pasadas.

Al final, si se quiere, complementado la exhibición, quedan las ventanas de la edificación, especie de inesperados "Mondrianes" con sus líneas verticales y cruzadas, faltándoles sólo el color, que dejan entrar la luz generosamente e integran el paisaje, una luz que reviste de poder otoñal, bellamente equilibrado, todo cuanto allí acontece. ■



Torqued Ellipses, Richard Serra

